

# *Dulce chongazo: La multitud de Ica ante la teja más grande del mundo*

**VÍCTOR VICH\***

Todo ocurrió la tarde del 17 de junio, pero en realidad los sucesos comenzaron desde la mañana de ese mismo día, o quizá antes aún. No se sabe si se trató del interés comercial de una empresa privada, de un acto de protesta contra el SNIP, de un ritual folclórico posmoderno o, simplemente, de un nuevo signo que da cuenta de la decadencia actual de las autoridades locales y de la sociedad civil que las elige. En todo caso, lo que estos sucesos dejaron claro es que el «tiro les salió a todos por la culata» y hoy solo queda un amargo recuerdo de lo ocurrido: aquel que nombra una grotesca dimensión del país.

La elaboración de la teja más grande del mundo se concibió como parte de las celebraciones por el 444 aniversario de la ciudad de Ica y congregó a muchos curiosos. Se cuenta que se emplearon 1.024 tarros de leche evaporada, 180 kilos de azúcar, 256 kilos de manjar blanco, 110 de pecanas, 10 de mantequilla, 22 de glucosa y 24 galones de gas. En total, la teja pesó 360 kilos y llegó a medir exactamente 111 metros con 56 centímetros. Todo un récord, sin duda. Dispuesta a lo largo de la plaza central de la ciudad, el tiempo de elaboración fue de dos horas y cincuenta minutos y en ella participaron 25 personas. La Municipalidad y la Caja Municipal —organizadores del magno evento— invirtieron 5.500 soles para su elaboración.

Emocionada, la multitud acudió a la plaza para ser partícipe de tal espectáculo. El futuro promisorio, la identidad regional, la legitimidad de los gobernantes, fueron todos congregados y en un inicio el ambiente era de fiesta. Aunque ninguna institución había conseguido reunir el dinero necesario para inscribir tal proeza en el famoso libro de los récords Guinness, el solo orgullo de batirlo emocionaba a todos los presentes. La inmensa teja anterior se había elaborado hace diez años, llegó a medir 104 metros y esa vez sí pudo ser inscrita.

¿Se escucharon algunas voces de protesta? No lo sabemos, pero lo cierto es que uno de los más importantes promotores del evento fue Jacinto Roque Hernández, actual regidor de la municipalidad y, según el diario Correo, propietario de «Tejas don Juan», una marca regional dedicada a la producción del mencionado dulce. Sus declaraciones fueron más que impresionantes: «Nuevamente nos sentimos orgullosos de nuestras tradiciones; otra vez marcamos historia, y qué mejor si tenemos el apoyo de la población, que se identifica con Ica», señaló, feliz de la vida, mientras elaboraban la teja.

Pero a decir verdad, el intenso orgullo regional y el mencionado 'apoyo' de la población adquirieron luego otra cara más oscura: una vez terminada la teja, vale decir, una vez batido el récord (aunque este haya sido un simple gesto simbólico), la multitud no pudo soportar su entusiasmo, se lanzó salvajemente sobre el dulce y, todos contra todos, intentaron coger algún pedazo con las uñas y con las manos. Los empujones, arranchones y codazos no estuvieron ausentes en la gresca, como tampoco la risa y el desorden: los más niños lloraban ante la confusión, los más grandes evadían los palazos de la policía, las cocineras miraban aterradas el destino de su obra y las autoridades, como siempre, le echaron la culpa a todo el mundo. Todo eso se vio en televisión por la noche.

¿Cómo podemos interpretar este espectáculo increíble? ¿Qué puede decirse ante un evento de tal naturaleza? Muchos podrán echarle la culpa a la multitud nacional, a la que siempre se caracteriza como salvaje e incivilizada. En buena cuenta, se trata de sujetos que no pueden controlar sus impulsos y que no han interiorizado un mínimo de civilidad: no hay idea del orden y no existe ningún respeto ante la ley. «La gente no colabora, la gente no se quiere disciplinar en Ica», decía un organizador. Para algunos, entonces, la solución consistiría en emprender una nueva reforma de la educación peruana (¿otra?) y, de una vez por todas, civilizar a este pueblo bárbaro que se encuentra dispuesto a todo a costa de poder agarrar un pedacito de azúcar.

Pensar así es lo más tradicional. ¿Y no podríamos decir que, más bien, se trató de un acto que da cuenta de la absoluta desconfianza que la gente tiene hacia los mecanismos redistributivos del Estado y de sus autoridades? ¿No podríamos afirmar que aquello visibiliza la manera en que la población en el Perú siempre decide hacer las cosas por su propia cuenta ante la absoluta crisis de autoridad de sus gobernantes? ¿Puede existir alguna relación entre el caos suscitado por la gran teja en Ica y los trágicos sucesos que ocurrieron en Ilave hace unos años?

Lo cierto, en todo caso, es que hace tiempo que el país crece y crece, y la mayoría de peruanos no sienten los beneficios. La economía peruana 'no chorrea' se dice informalmente, y las autoridades no se cansan de sostener que 'ya chorreará' dentro de muy poco. Los conductores de los programas económicos (y sus invitados) andan siempre muy optimistas, visten de saco y corbata, y son maestros en opinar ventrílocuamente sobre lo que sucede: ellos son los únicos que hablan; ellos parecen ser los únicos a los que les suben el sueldo, o quizá son ellos los que se suben el sueldo a sí mismos.

En mi opinión, lo que ocurrió en la plaza de Ica fue mucho más la crisis del Estado que aquella de la multitud salvaje; de un Estado que nunca ha podido controlar nada (ni siquiera un evento de este tipo) y que por lo mismo no tendría ninguna autoridad para garantizar que todos los asistentes pudieran llevarse un pedazo de teja a sus casas. Desde hace más de una década, el Estado (y ahora el gobierno aprista), en efecto, solo pacta y trabaja con empresarios. La cuestión es entonces múltiple: la gente ya no cree en el Estado, el Estado no hace nada para que crean en él (solo organiza absurdos eventos como estos), y todos los peruanos preferimos hacer las cosas por nuestra cuenta. Una señora decía al respecto: «Yo me volqué para asegurar mi pedazo de teja, pues sabía que las autoridades se iban a agarrar las tajadas más grandes». Y otra dijo: «Nos dicen que formemos la cola para que después no nos den nada; me da vergüenza el Alcalde».

Luego de observar los últimos sucesos en el Congreso de la República referidos a los empleados fantasmas y demás; después de ver a Mantilla imponiendo a Pandolfi y luego digitando el Tribunal Constitucional desde un restaurante en Miraflores, digo, después de ver cómo Alan García se hace el loco con Mantilla y cómo Jorge Del Castillo muestra su tranquilidad ecuánime; es más, luego de ver la cara de Aurelio Pastor y después constatar cómo Lourdes Flores aceptó ser contratada por un vicepresidente cuestionado, ¿quién puede seguir creyendo en el Estado en el Perú?

La teja más grande del mundo ha puesto muchas cosas sobre la mesa. No se trata de algo sin importancia. Nuevamente nos enfrentamos a un signo que da cuenta de cómo el mundo popular percibe un modelo económico que no redistribuye, de la crisis de un Estado que sigue sin poder recuperar su legitimidad (aunque es cierto que nunca la tuvo) y de una cultura masiva, ciertamente deteriorada, que no acepta la ley porque quienes la imponen no tienen ninguna autoridad para hacerlo. Es increíble que eventos como estos o como aquellos otros que promocionan a Machu Picchu como una de las 'siete maravillas' del mundo tengan más apoyo estatal y privado que importantes campañas ciudadanas contra el racismo existente, contra la impunidad en las violaciones de derechos humanos, contra una Iglesia peruana que ya tiene 11 obispos del Opus Dei, contra la homofobia en los bares y discotecas de las ciudades, o contra las mineras transnacionales que invierten mucho, pasan piola y dejan todo sucio. No es posible que el APRA sea gobierno y que todos (sobre todo los 'ministros técnicos') jueguen tranquilamente con él. El Perú es ciertamente un país increíble. Estamos listos para batir muchos más récords Guinness.